

objeto poseído. Esto es por lo que en nuestro país una de las primeras cosas que hace un muchacho que desea entablar relaciones «formales» con una señorita es controlar sus salidas y vetarle toda una serie de expansiones honestísimas. ¡Y lo más cómico es que sin estas prohibiciones y sin esta vigilancia policíaca la señorita en cuestión no se sentiría amada!

El extendernos en una exposición sistemática de la morfología especial del erotismo español supondría escribir un libro bastante voluminoso, y escaparía al fin que nos hemos propuesto en esta glosa de la última obra de María Laffite, Condesa de Campo Alange. ¿Es correcto encontrar el origen de esta secreta guerra de los sexos en la exclusión por parte de nuestro país de la enseñanza mixta? ¿No contribuye esta separación forzosa hasta el nivel universitario a «alienar» a ambos sexos entre sí, a crear un sentimiento de hostilidad y de recelo? Porque de lo que no cabe la menor duda es de que gran parte de nuestra pedagogía ha dejado arrinconada la enseñanza y el desarrollo moral y psicológicamente sano de una de las fuerzas más poderosas que existen en el hombre y en la mujer.—ALFONSO ALVAREZ VILLAR.

## NOTAS SOBRE TEATRO

### DÜRRENMATT

*Los físicos*, estrenada en el teatro Valle-Inclán, de Madrid, el 11 de septiembre de 1965, es la cuarta obra de Dürrenmatt que se ha dado a conocer en un escenario español, y uno de sus más recientes títulos.

¿Quién es Dürrenmatt? Quizá uno de los autores más contradictorios de la escena contemporánea. Y, por la misma razón, uno de los más discutidos y, en ocasiones, también de los más discutibles. Esa capacidad polémica de su teatro se encuentra ya en su primer drama *está escrito* (1947), y se manifestaría asimismo en las obras que vendrían después.

*Está escrito* era una sátira del establecimiento de los anabaptistas en Münster. El protagonista de la obra es un individuo que ha tomado tan en serio aquello de que los últimos serán los primeros, que decide amar a las ratas. La representación fué un escándalo. Dürrenmatt tenía entonces unos veinticinco años, y no resulta muy difícil comprender las motivaciones de aquella sátira cuando se tienen en

cuenta algunos datos biográficos: el padre de Friedrich Dürrenmatt era pastor protestante, y él mismo cursó estudios de teología en Berna y Zurich. Posiblemente, aquel joven de veinticinco años había llegado a un momento de cierta saturación, y buscaba en el humor y la caricatura una forma de liberarse de unas determinadas y severas disciplinas espirituales. Acaso esto que decimos pueda también, aunque sea parcialmente, explicar algo de una de las más típicas contradicciones del autor: su nihilismo y a la vez su moralismo exigente, hasta el punto que de él se ha podido decir, no sin certera agudeza, que es un «Aristófanes vestido de frac» y un «Claudel protestante».

Respecto a su condición de nihilista, Dürrenmatt se ha rebelado siempre. (No sabemos si también respecto a su condición de moralista claudeliano pasado por la reforma). Así, en su libro teórico *Problemas teatrales* (la edición alemana es de 1955; la primera edición castellana de 1961) se ha entregado a una delicada y sutil distinción entre el arte que de verdad es nihilista y el que tiene trazas de serlo, pero no lo es, para finalmente asegurar: «Sólo pasa por nihilista lo que resulta incómodo». Esta afirmación tiene para nosotros un interés, sobre todo, en la medida en que enuncia cómo, en 1955, Dürrenmatt consideraba ya eso de «resultar incómodo» como una alta virtud estética, o al menos como una característica esencial del teatro que había venido haciendo y que quería hacer. Desde *Está escrito* hasta el 55, su producción se incrementa con los siguientes títulos fundamentales *El ciego* (1948), *Rómulo el grande* (1949), *El matrimonio del señor Mississippi* (1952) y *Un ángel llega a Babilonia* (1953). De estas obras sólo se ha representado en España *Rómulo el grande*, en los festivales del pasado verano. Es, desde luego, una de las mejores comedias de su autor.

Estas cuatro piezas que acabamos de citar muestran ya a Dürrenmatt en toda su complejidad, sus contradicciones, su condición de excepcional autor cómico, su capacidad para reducir a formas dramáticas sencillas y de fácil comunicabilidad una serie de temas de gran aridez. Véase, respecto a esto último, *El matrimonio del señor Mississippi*: mediante la anécdota de tres hombres que quieren conquistar a una mujer, el autor traza una descripción—muy personal—del mundo contemporáneo. ¿Cuál es esa visión suya? Julio Diamante, en su prólogo a la edición española de *Frank V*, se refiere a ello en los siguientes términos: «Con *El matrimonio del señor Mississippi* ha pretendido Dürrenmatt darnos su visión de un mundo y de una sociedad que se le antojan caóticos, consiguiendo en realidad darnos la representación de su propio caos mental e ideológico».

Quizá por eso mismo—añadiríamos— esta obra es un producto típico de su momento histórico; esto es, la guerra «fría».

Ese «mundo caótico» aparece también, por supuesto, en *Rómulo el grande* y en *Un ángel llega a Babilonia*. Hay en estas dos comedias, sin embargo, un intento por parte del autor de creer que este mundo en que vivimos no es solamente «un mundo de locos». Así, Rómulo y Odoacro, en su común afición por la avicultura y en su condición de hombres bondadosos, dan una visión del hombre, quizá un poco simple y paternalista, pero no por ello exenta de un positivo humanismo. En *Un ángel llega a Babilonia*, el autor va más lejos. Da aquí un paso que no volverá a repetir en lo sucesivo: lo que podríamos llamar la salvación del hombre por una bondad entre lírica y roussoniana. Para ello, Dürrenmatt recurre a este gran camelo (reconozco que este término popular es poco apto para el tono discursivo de un artículo, pero es mucho mayor su poder expresivo), ese gran camelo, decía, de gran parte de la literatura contemporánea: la sacralización de la miseria. En efecto, Dürrenmatt nos presenta, entre otras cosas, cómo un personaje es humanamente extraordinario en tanto que mendigo, pero cómo, en tanto que rey, se convierte en un ser humano lamentable. La subsiguiente loa a la vida «libre» (1) del mendigo, del desarraigado, etc., es una idea implícita en casi toda la producción del autor, pero que, como decimos, nunca más volverá a ser formulada tan explícitamente. Por el contrario, toda la vasta galería de los personajes posteriores constituirán con pocas excepciones una constelación de seres «malvados»; impulsados al mal por la venganza (Clara Zacanasian, en *La visita de la vieja dama*), por la ambición de poder (*Frank V*), por la locura (la doctora Mathilde von Zahnd, en *Los físicos*), etc. Posiblemente, lo más valioso del teatro de Dürrenmatt es *ese tipo* de personaje, que en realidad se se repite a lo largo de su teatro con ligeras variantes. Es un personaje espiritualmente contrahecho—y a veces incluso físicamente, como Mathilde von Zahnd—, absolutamente deshumanizado, dominado por un extraño afán destructivo, carente de toda moral, insolidario y terrible. Se trata, claro está, de una caricatura, de una deformación guiñolesca. Pero, por eso mismo, su expresividad es enorme. Estos personajes, que constituyen realmente la antípoda de los antiguos héroes de la tragedia clásica, recuerdan un poco —o un mucho— toda la tradición del teatro expresionista germano, pero, sin embargo, están trazados con una gran originalidad. (Particularmente, nos hacen pensar en los personajes de los *esperpentos*, de nuestro gran Valle-Inclán, aunque no es probable que Dürrenmatt conociese a Valle). No hace falta añadir que todos ellos

son producto de unas estructuras sociales y políticas *enajenadas*, y este producto nos lo muestra el autor siguiendo los principios fundamentales del teatro cómico, que son—como enseñaba Molière—los de ejercer la crítica poniendo en ridículo aquellos vicios que se critican. Escribe Diamante que «los elementos de mayor poder corrosivo son (según Dürrenmatt) el dinero y el poder». Por tanto, el teatro de Dürrenmatt es una constante puesta en ridículo de los hombres obsesionados por el poder o por el dinero. Ahora bien, estos personajes, además de ridículos, son estremecedores, porque claro está que responden a una estremecedora realidad.

Lo dicho nos sitúa ya frente a la significación más positiva de Dürrenmatt en el amplio marco de la escena contemporánea. Hubert Gignoux, director de la Comedia del Este, lo manifestaba muy acertadamente en un artículo publicado en la revista *Théâtre* hace unos años. Para Gignoux, en las obras de Dürrenmatt se encuentra «la respuesta a las cuestiones que plantea el destino de un teatro cómico en nuestro tiempo». En efecto, más allá de su nihilismo y de su «claudelianismo», más allá de su caos mental e ideológico, de su miopía para comprender los procesos históricos, Dürrenmatt ha venido ofreciéndonos un teatro que, por su fuerza incisiva, por su capacidad «esperpéntica» puede muy bien considerarse como ejemplar en este sentido.

Decía antes que *Los físicos* es la cuarta obra de Dürrenmatt que se representa en España. Aparte de *Rómulo el grande*, las otras dos piezas son: *La visita de la vieja dama*, estrenada por Tamayo, en el Español, en octubre de 1959, y *El proceso a la sombra del burro*, estrenada por el TEM (Teatro Estudio de Madrid), la temporada pasada, en el acto de clausura de curso. Muy oportuno, por consiguiente, el estreno de *Los físicos*. En esta comedia el autor recurre una vez más a las técnicas expresivas que caracterizan el género policíaco: el elemento sorpresa, la acción ágil y dinámica, los personajes de psicología muy simple y rudimentaria. Todo este soporte ofrece una gran viabilidad escénica a un tema que, en sí mismo, es netamente discursivo: las relaciones actuales entre la ciencia y la política, entre el ejercicio del pensamiento científico y el ejercicio del poder. De nuevo, como el lector puede apreciar, Dürrenmatt se encara con un problema vivo y fundamental de nuestro tiempo. Y, de nuevo también, su planteamiento resulta discutido y discutible. Para Dürrenmatt las conquistas de las ciencias físicas han alcanzado un alto nivel, que no se corresponde con el nivel a que ha llegado el hombre en el orden social, político, económico, etc. En otras palabras, el mundo no está hoy en condiciones de *asumir* esa gran aventura del pensamiento.

Probablemente, Dürrenmatt se queda corto en su planteamiento, no porque ese «desfase» sea mayor, sino porque, en realidad, el problema es mucho más arduo y complejo. La figura del hombre de ciencia, del físico, aparece poco menos que mitificada y revestida de unas excelsas virtudes que no se corresponden con la realidad. (Las responsabilidades morales e históricas contraídas por los físicos de nuestro tiempo son, como es sabido, graves.) Por otro lado, y en tanto que obra pacifista, acaso el planteamiento de Dürrenmatt sea insuficiente, porque no basta que no se utilice la bomba atómica para que la paz sea un hecho. La bomba atómica no se ha vuelto a utilizar contra nadie—salvo como una coacción política—y, no obstante, la paz no es un hecho. Pero más allá también de estas puntualizaciones, nos parece indudable que *Los físicos* es una obra abiertamente positiva, y, por lo demás, acreditativa de ese gran dominio de los medios expresivos escénicos, de esa gran sabiduría escénica de Dürrenmatt.

No se limita a estas comedias citadas la producción literaria de Dürrenmatt. Ha escrito novelas, como *Griego busca griega* (una gran novela), narraciones cortas, guiones para la radio... Hombre de una vocación literaria muy temprana—publicó su primera narración a los veintiún años—y terca—como la de un Hemingway—constituye, en el panorama de la vida intelectual y artística contemporánea, un caso bastante particular y cada vez más infrecuente. Vive apartado de todo «mundanal ruido», es absolutamente apolítico (si es que el apoliticismo no es una forma más de politicismo), y su única dedicación es la literaria. Hubert Gignoux ha descrito en los siguientes términos su ambiente privado: «... vive, con su mujer y sus tres hijos, en una villa que domina el lago Neuchâtel. Hay en su casa muchos libros, muchos discos, muchos cigarros, vino de Burdeos en abundancia y un pequeño telescopio para observar los astros...». Desde su apartado rincón de Neuchâtel, desde su ambiente tranquilo y apacible, Dürrenmatt es hoy uno de los autores más representados en todo el mundo; es decir, en el Este y en el Oeste, pues se trata de ese género especial de escritores que, además de críticas muy adversas, encuentran adhesiones entusiastas en los más diversos sectores.—RICARDO DOMENECH.